

GUARDANDO LA UNIDAD DEL ESPIRITU Efesios 4: 1-6

Una fábula de Esopo, quien naciera allá por el año 600 a.C., cuenta de cuatro toros que estaban amenazados por un león de tal suerte que éstos se vieron obligados a emplear una técnica defensiva incuestionable: Cada vez que el rey de la selva rondaba cerca con perversa intención de atacar, los cuatro toros pegaban literalmente sus posaderas formando un círculo infranqueable de afilados cuernos.

Cansado de derrotas, el león optó por dialogar con uno de los toros, diciéndole que el resto de sus compañeros le criticaban. La gota de la discordia hizo su efecto inmediato, pronto fueron distanciándose unos de otros y creyeron que sobrevivirían independientemente; resultado: el león fue merendándose uno por uno a los toros.

La estrategia se llama: «Divide y vencerás»

Cuando estudiamos la Carta del Apóstol San Pablo a los Efesios notamos con claridad que la Carta se divide en dos partes naturales: (1) Nuestra posición en Cristo (capítulos 1 al 3), es decir, quiénes somos en Cristo y los privilegios que tenemos por ser hijos de Dios, en donde vemos que somos llenos de su gracia, su misericordia y su amor siempre; y (2) Nuestras responsabilidades como creyentes en Cristo (capítulos 4 al 6), porque todo beneficio conlleva responsabilidades; esto tiene que ver con la fe y con la conducta de los creyentes, a fin de que podamos dar siempre buen testimonio de nuestra transformación en el Señor y de que podamos obtener la victoria constante sobre el enemigo que sólo busca destruir la obra del Señor dividiendo a la Iglesia. El Señor nos llama, a través de su siervo Pablo, a mantener la unidad de la iglesia no solo para que permanezca firme y en victoria, sino para que crezca cada vez más.

El tema que nos ocupa el día de hoy cae entonces en la categoría de “nuestra responsabilidad” como creyentes en Cristo, es decir, en la responsabilidad que tenemos de desarrollar una fe sana y en nuestra responsabilidad de mostrar una excelente conducta entre nosotros que se refleje en un buen trato y en el trabajo unido, para fortalecernos nosotros y para dar un buen testimonio a quienes no conocen todavía del amor de Dios. Si entre nosotros no podemos hacerlo, ¿entonces cómo podremos ofrecerlo a los demás que todavía no conocen de Cristo?

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (v.1).

Esta segunda parte de la Carta comienza con un llamado urgente a vivir una vida digna del llamado que se nos ha hecho. El verbo *rogar* en griego se puede traducir también como *llamar* o *animar*. Resulta interesante saber que cuando Pablo escribe esta Carta, alrededor del año 60 d.C., él se encontraba bajo arresto domiciliario en Roma. Lejos de estarse quejando por la suerte que puede correr, el Apóstol está ocupado en mantener unida a la iglesia. Les hace un llamado para caminar de forma digna con el llamamiento. El verbo *andar* tiene que ver con la conducta del creyente, con el trato que nos damos entre hermanos, mientras que la palabra *digno* se puede traducir también “*con el mismo peso*”, o “*con el mismo valor*”. Si el llamado que se les ha hecho es un llamado santo, entonces ellos tienen que caminar exactamente igual, es decir, de una forma santa. En otras palabras, su fe y su conducta deben ser congruentes con el llamado que han recibido.

¿Cómo se refleja ese llamado a vivir en santidad?

“con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (v.2).

Note que el Apóstol es muy enfático cuando dice que es con TODA y no con algo. Todo significa entero, completo, absoluto, que nada queda afuera. Para los griegos de entonces y para gran parte del mundo hoy, la humildad no es una cualidad deseable porque implica la idea de estar bajo el servicio de alguien lo cual resulta humillante y con la pérdida de la dignidad personal. Lo contrario a la humildad es el orgullo, la arrogancia, la prepotencia, la soberbia y el egocentrismo que no contribuyen en nada para el bienestar de la Iglesia, ni para su edificación, ni para su estabilidad, ni para su permanencia. Pero el mismo Señor Jesucristo nos enseña que debemos ser mansos y humildes como Él (Mt. 11:29) y que Él no vino para ser servido sino para servir (Mc. 10:45). Pablo explica que la humildad es esa virtud de considerar a los demás superiores a uno mismo y de ver por el bien de los demás (Flp. 2:3-4). Esto no significa que hacemos lo que los demás quieren de nosotros ni que respondemos a sus exigencias, gustos o caprichos, sino más bien, servir con humildad considerando a los demás como superiores está enfocado en la clase de servicio que prestamos, un servicio de calidad, bien hecho; en otras palabras, hacemos lo mejor para ser de bendición para ellos porque de esa manera ellos se benefician y yo doy la gloria a Dios.

La mansedumbre es esa virtud que nos lleva no a responder de la misma manera cuando nos han tratado mal, sino que nos lleva a refugiarnos en el Señor. El Señor Jesús dice que es un dichoso aquella persona que sabe ser mansa, esa persona recibirá la bendición de Dios (Mt. 5:5). Sin embargo, esto tampoco significa que nos dejemos hacer lo que los demás quieran hacer sobre nosotros, porque aún el mismo Pablo dice que si corregimos la falta de alguno, tenemos que hacerlo con mansedumbre (2Ti. 2:25). La mansedumbre tiene que ver con la actitud y la forma en que decimos las cosas. Podemos ser bien firmes, pero al mismo tiempo, mansos. La mansedumbre es la dulzura de espíritu. Sólo un corazón humilde puede ser manso.

Soportar con paciencia significa que no siempre los creyentes nos tratamos con sabiduría, bondad o gentileza. A veces podemos llegar a ser rudos, groseros, ofensivos, y podemos llegar hasta lastimar a los demás sobre todo cuando juzgamos a los hermanos, cuando juzgamos que nuestra espiritualidad es superior a la de los demás, cuando pensamos que no se conducen de manera que yo considero (no necesariamente que la Biblia considera) que es la correcta. Cuando actuamos así no nos ponemos a pensar para nada que los demás también tienen que soportar nuestros defectos; por eso podemos ver la paja (diminuto elemento) en el ojo ajeno y no prestar atención a la viga (tremendo palo) que tenemos en el nuestro, como nos enseñó el Señor Jesucristo (Mt. 7:1-5 / Lc. 6:37-42). Esto solo viene en perjuicio de la unidad de la Iglesia.

Soportar no significa que toleramos el pecado dentro de la Iglesia. Esto es algo que nunca debemos hacer porque se perdería el sentido de lo que significa ser Iglesia del Señor Jesucristo y su llamado a la santidad. Pero tiene que ver con las actitudes y el comportamiento de los demás que muchas veces no nos gustan, pero que no necesariamente son pecado desde el punto de vista Bíblico.

Ese soportar tiene que ser con paciencia. La palabra griega que se utiliza aquí para *paciencia* se traduce como *longanimidad* tiene que ver con la capacidad soportar por mucho tiempo. La paciencia que por mucho tiempo Dios ha tenido y sigue teniendo con nosotros nos enseña el mejor ejemplo a seguir. No se puede soportar pacientemente si en nuestro corazón no hay humildad, mansedumbre y amor.

“solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (v.3).

La Iglesia del Señor Jesucristo ha sido atacada por satanás desde el inicio mismo de su fundación. Por eso es de suma importancia que la Iglesia se mantenga unida. Se dice que la unión hace la fuerza. Pero como quien la está atacando no es cualquier personaje sino uno con mucho poder e influencia, era necesario que el Espíritu Santo estableciera esa unidad. Si la unidad dependiera del hombre, no hubiera durado mucho tiempo. En otras palabras, el Espíritu Santo ya unió a la Iglesia del Señor Jesucristo, toca a los creyentes mantener esa unidad.

Dice Pablo que debemos estar solícitos en guardar esa unidad del Espíritu Santo. *Solícito* significa que se le *pone empeño* o *ganancia* y que se *hace con mucho cuidado* buscando hacerlo bien. Esto quiere decir que, conservar la unidad de la Iglesia, debe ser uno de los principales objetivos del creyente sabiendo que el enemigo de la Iglesia y de nuestras almas no es uno pequeño, que nos quiere atacar y que nos quiere destruir. Si prestáramos atención a esto, veríamos que lo demás, lo que muchas veces discutimos entre hermanos, no tiene tanta importancia. El diablo va a tratar siempre de sembrar la discordia entre los hermanos para que se pongan unos contra otros como el león lo hizo con los cuatro toros de Esopo, de esta manera divide y vence.

La unidad se refiere al estar unidos entre los hermanos y el permanecer unidos a Cristo a pesar de las peores circunstancias que se enfrenten. El anhelo del Señor Jesucristo, dueño y fundador de la Iglesia, es que sus miembros sean uno así como Él es uno con su Padre (Jn. 17:11,21,22,23). El amor y la paz entre los creyentes es lo que hace que se mantenga la unidad que el Espíritu Santo estableció en la Iglesia. Toda división en la Iglesia comienza primero en nuestro corazón. Cuando nos encontramos en conflicto con algún hermano, lo primero que se pierde es la paz y el amor pasa a segundo término. Cuando no hay paz ni amor, entonces se dicen y hacen las cosas más dolorosas que generan rompimiento entre los hermanos. De la misma manera, la unidad de la Iglesia comienza conmigo. Si quiero ver un cambio en mi Iglesia, si quiero que permanezca fuerte, unida y en crecimiento, debo comenzar por mí, por hacer cambios en mí.

Cuando andamos en el Espíritu nuestra paz espiritual se fortalece, pero cuando andamos en la carne se debilita y aparecen los pleitos y las divisiones; se acabó la unidad.

Pero no somos robots, todos pensamos diferente, entonces, ¿en qué debemos estar unidos? Pensar diferente es bueno cuando las ideas se complementan y se fundamentan en una misma base: la Biblia. Pablo describe en qué debemos estar unidos como Iglesia.

“un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (vv.4-6).

Estos versículos también responden a la pregunta: “¿en qué se manifiesta la unidad del Espíritu Santo?”

1. Un cuerpo. Debemos tener bien claro que formamos un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Aquí nadie trabaja para sus propios intereses sino para los intereses del Señor de la Iglesia. Aquí nadie trabaja para su gusto personal, sino para los demás y para la gloria de Dios. Aquí nadie trabaja bajo su propio entendimiento sino bajo la guía del Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios.

2. Un solo Espíritu. Así como nuestro espíritu le da vida a nuestro cuerpo, el Espíritu Santo le da vida a la Iglesia. El Espíritu Santo es quien guía a la Iglesia con conocimiento y sabiduría y derramando dones y talentos en los hijos de Dios para que trabajen unidos para el crecimiento espiritual y para la expansión del Evangelio de Cristo.

3. Una misma esperanza. La palabra esperanza en el lenguaje Bíblico no expresa un deseo sino una seguridad; es decir, está esperando a que ocurra. La esperanza común a todos es que un día estaremos reunidos con el Señor por toda la eternidad. Esta esperanza debe ser el objetivo fundamental que es común entre los hermanos, lo más importante y, por lo tanto, lo que nos mantiene unidos. No perdamos la vista en esto.

4. Un Señor. El centro de lo que hacemos y decimos es Cristo. Recordemos que el cristianismo no está basado en una doctrina, iglesia en particular o religión, sino en una persona: Cristo. Trabajamos para Él, para la gloria de Él, no para nuestros propios gustos ni intereses personales.

5. Una fe. Esto significa que hay una sola forma de ser salvo: a través de Cristo. No a través de buenas acciones, o del cumplimiento de la Ley o de la religión misma como creían los judíos. Nuestra fe está puesta en Cristo y no en el hombre. Nos une la fe en una misma Persona: Cristo.

6. Un bautismo. El bautismo es la manifestación pública de que se ha confesado a Cristo como Señor y Salvador y que goza de la gracia de Dios. Por este simple hecho los creyentes demuestran su unidad espiritual.

7. Un solo Dios y Padre. Dios es la fuente de todo lo que pasa en la Iglesia. Él es el Soberano, el que está encima de todo y de todos. Al

llamarle Pablo a Dios Padre, está diciendo que somos una familia; Él es el Padre y nosotros los hijos, hermanos unos con otros; Él está evaluando todas nuestras acciones y Él actuará. Pero el punto aquí es que amamos y servimos al mismo Padre y eso nos debe mantener unidos. Al decir Pablo que es *Padre de todos* nos está diciendo que Dios no hace diferencias en la familia; no las hagamos nosotros entonces juzgando la espiritualidad de los demás y considerando a los demás como cristianos de segunda categoría.

Conclusión.

Estas grandes virtudes de humildad, mansedumbre, paciencia para soportar y paz, necesarias para guardar la unidad de la Iglesia, no se pueden separar, tienen que estar todas, unidas entre sí. Pero estas virtudes dependen de la negación del *yo*. Mientras el *yo* sea el centro de todas las cosas, esta unidad no podrá existir nunca. Mientras el *yo* domine habrá problemas con los hermanos. Mientras el *yo* se crea superior a los demás y se sienta con derecho de juzgar las acciones de los demás no habrá unidad en la Iglesia. Pero cuando el *yo* muere entonces Cristo es quien ocupa el trono en mi corazón y solo entonces se produce la paz y la unidad de la Iglesia.

El llamado de Dios es a vivir en santidad, pero esa santidad se refleja cuando yo hago cambios en mi vida para mantener la unidad de la Iglesia en amor y paz, cuando trato a mis hermanos con respeto, cuando puedo ser tolerante a ciertas actitudes (no al pecado), cuando mantengo en mente que somos una familia, que formamos un solo cuerpo, que estamos unidos por un mismo Espíritu, cuando tengo la misma esperanza futura, cuando enfoco en Cristo, el dueño y fundador de la Iglesia, cuando persevero en la fe en Él a pesar de las circunstancias adversas, cuando recuerdo que he sido bautizado dando testimonio de que pertenezco a Cristo y cuando tengo siempre presente que Dios es el Padre de todos nosotros. La unidad comienza conmigo.

Dice el Apóstol Pedro que el amor cubre multitud de fallas (1P. 4:8). Aún el pecado se puede corregir con amor, no con juicio porque nuestro Juez, el que nos podía juzgar, ya nos liberó y nos ve ahora como a sus hijos. El amor nos hace tolerar ciertas actitudes y nos hace mantener la paz en la congregación. Cuando hay amor y paz entre los hermanos hay unidad y cuando hay unidad, el diablo no tiene un hueco por donde entrar, como le pasaba al león con los cuatro toros. Si podemos mantener la



unidad entre nosotros estaremos cumpliendo una ordenanza de Dios, se estará formando nuestro carácter, estaremos aprendiendo a vivir en santidad y por supuesto, la Iglesia se fortalecerá, caminará y crecerá.

Quiero terminar con una frase que dijo el llamado “príncipe de los pastores”, Charles Spurgeon, allá a mediados de los años 1,800 respecto al trato entre los hermanos: “Devolver mal por bien, es actuar como satanás; devolver mal por mal, es actuar como las bestias; devolver bien por bien, es actuar como los hombres, pero devolver bien por mal, es actuar como un hijo de Dios”. Amén... vamos a orar...